

agenda cultural

UNIVERSIDAD

ALMA
DE ANTIOQUIA
MATER



n° 126 octubre 2006 ISSN 0124-0854



Universidad de Antioquia
Vicerrectoría de Extensión
Extensión Cultural

60 años
de compromiso
con la cultura

Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia: 60 años



Desde su creación, la División de Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia ha encaminado sus esfuerzos al fomento, difusión y promoción de la cultura, acorde con la misión institucional plasmada en el Plan de Desarrollo de la Universidad, en el cual la promoción de la cultura y de las diferentes manifestaciones artísticas es componente fundamental para la construcción de ciudadanía y para el mejoramiento de las relaciones entre las personas.

Lo anterior ha sido, desde entonces, el nervio esencial desde el cual se han venido gestando y desarrollando los diversos proyectos encaminados a fortalecer la intrínseca relación entre la educación y la cultura, aspecto que

contribuye de manera importante en la formación de la comunidad universitaria y de la ciudadanía en general.

La Universidad, a través de Extensión Cultural, tiene además la importante e ineludible misión de fomentar y apoyar el desarrollo cultural de las regiones del departamento, en las cuales mantiene una presencia permanente en cada una de sus sedes, abriendo de este modo los espacios adecuados para que las regiones y comunidades entablen un diálogo cultural no sólo consigo mismas, sino también con otras ajenas a su entorno, en un intento por rescatar esos aspectos esenciales de los cuales emanan los rasgos característicos de la gente de

nuestro departamento, e inclusive de nuestro país.

Pero todo este floreciente presente de Extensión Cultural ha tenido también un pasado, el cual estuvo marcado principalmente por la espontaneidad de aquellos idealistas que lamentaban la ausencia de un ente universitario dedicado a la divulgación artística y cultural dentro del claustro. En efecto, Extensión Cultural es bastante joven en comparación con los doscientos años con los que ya cuenta la Universidad, y si de contar la verdadera historia se trata, valdría la pena adentrarnos en aquel lejano pasado, ignorado además por muchos de los que hacemos parte de la comunidad de esta Universidad.

En sus inicios, la naciente Universidad de Antioquia se hallaba en un atropellado pero importante proceso de gestación, en el cual estaban siendo establecidos por vez primera los principios fundamentales de la educación superior en Medellín, motivo por el cual el propósito primordial e inmediato de erigir una Universidad para la formación profesional puso en un segundo plano la importancia de contar con una estructura que diera vida a opciones de carácter cultural que permitieran fortalecer la formación integral de los estudiantes y de la comunidad, y abrir

espacios para el desarrollo del arte y de la cultura en la región y en el país.

No obstante, para la última mitad del siglo XIX, si bien la Universidad de Antioquia seguía sin contar con un departamento que se dedicara exclusivamente a la promoción y divulgación cultural, la necesidad de crear un organismo que se preocupara por llevar a cabo dicha misión se hacía cada vez más apremiante. Sobre todo, cuando para aquella fecha, la Universidad podía contar en su haber con más tres décadas de labores ininterrumpidas, en las cuales el fortalecimiento del patrimonio cultural, histórico y académico, se revelaban como el soporte esencial sobre el cual se vendría a apoyar, con el transcurrir del tiempo, el concepto de “universidad pública”.

La consolidación entonces, de un departamento orientado a divulgar la actividad cultural en la Universidad, no sería una realidad sino sólo hasta el final de la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, antes de esta lejana fecha, la comunidad universitaria, de forma espontánea, se adelantaría propiciando los ambientes para gestar lo que podríamos llamar “un inusitado espíritu cultural” al interior de la Universidad, el cual llegó a franquear inclusive las propias fronteras del claustro para ocupar otros espacios distintos a los académicos. Y fue de esta forma que

Medellín, y especialmente el centro de la ciudad, estuvo de pronto invadida de artistas, profesores y estudiantes hablando un lenguaje totalmente ajeno al habitual, en el cual se entremezclaban, acompañados de café y cigarrillos, diversos problemas filosóficos, políticos, académicos y artísticos.

Este fenómeno, pues, tuvo una importante, profunda e insoslayable repercusión para la Universidad y para la ciudad de Medellín en las posteriores décadas del siglo XX. En efecto, por un lado, la Universidad, en los años treinta, creó y fortaleció los primeros medios de comunicación masivos tales como la Emisora¹, la Revista², la Imprenta³ y la Biblioteca⁴, los cuales fueron bienvenidos particularmente por la comunidad universitaria. Pero por otro lado, los estudiantes y profesores jugaron otro papel importante al hacer más informal el quehacer cultural, lo cual estuvo representado en tertulias, en pequeños encuentros académicos y artísticos, etc. Es decir, en un principio la actividad cultural no superaba aún las fronteras de las aulas de clase y de los pasillos del claustro, pero con el paso del tiempo los límites se diluyeron hasta lograr extenderse a

los diferentes cafés del centro de Medellín y a otros ámbitos de la misma ciudad.

Este fue un paso importante en la expansión de aquel joven “espíritu cultural”. La tarea ahora para este público cultural exclusivamente universitario, extremadamente reducido y de élite, era el de extender este ambiente a otro tipo de públicos ajenos a la actividad universitaria, pero anhelante de propuestas distintas de las tradicionales, ya bastante caducas para la época. En esta misión participaron, si bien de forma separada pero con el mismo propósito, las directivas y la comunidad estudiantil de la Universidad de Antioquia. Con iniciativas institucionales se logró abolir las fronteras por medio de la Biblioteca, la Emisora Cultural, la Revista Universidad de Antioquia y la Imprenta. A este respecto, en el libro *Universidad de Antioquia. Historia y presencia*, se puede leer lo que sigue:

Era el público que asistía a las conferencias del Paraninfo, que leía las obras salidas de la imprenta, que compraba la Revista Universidad de Antioquia, para saber en qué iba la polémica del momento y qué vientos recorrían la cultura nacional e internacional, los que sintonizaban la emisora para seguir. Entre otras cosas, las audiciones de música clásica, dada la dificultad de acceder a ella de otra manera; los que visitaban el Museo de

Etnología e Historia Natural, y los que empezaron a llegar masivamente a la Biblioteca, enriquecida con nuevos títulos... para tener la hermosa experiencia —limitada hasta ese momento a las élites— del contacto con el maravilloso universo de los libros⁵.

Por su parte, la comunidad estudiantil estuvo aún más motivada por exteriorizar sus inquietudes socio-culturales, en especial las que envolvían el ámbito artístico de la época. Encuentros ocasionales de poesía, representaciones de teatro y conciertos de música, entre otros, fueron el canal por el cual el público estudiantil orientó y unificó el concepto del naciente ambiente cultural de Medellín.

Lo anterior nos deja ver entonces el polifacético camino que ha transitado la División de Extensión Cultural desde sus inicios, cuando apenas era una idea evanescente y etérea, hasta lo que es ahora: una dependencia universitaria con el propósito fundamental de contribuir con el desarrollo de los programas culturales institucionales y sociales, tanto en el ámbito local, como regional, nacional e internacional, y de hacer de la cultura una dimensión clave en los procesos de docencia, investigación y

extensión que fundamentan el proyecto educativo del Alma Mater.

Notas

1. La Emisora Cultural de la Universidad de Antioquia emitió por primera vez su señal en el año 1933.
2. El primer ejemplar de la Revista salió a la luz en mayo de 1935. Es interesante destacar que en 1953 ingresaría como redactor de la misma y permanecería por un lapso de tres años, el más importante divulgador, además de fundador del Nadaísmo, Gonzalo Arango.
3. En 1928 se formuló la propuesta de dotar a la Universidad con una imprenta. Al año siguiente todo se concreta con ocasión de la celebración institucional del 7 de agosto.
4. La Biblioteca ha venido creciendo paralelamente con la Universidad. Por tal motivo, sólo cabría mencionar, por un lado, su patrimonio documental que aún conserva algo del material bibliográfico de la primera Biblioteca. Y por otro lado, su importante aporte a la comunidad universitaria y de Medellín, reflejado en la continua adquisición de nuevos títulos bibliográficos que suplan las necesidades más inmediatas de los distintos usuarios.
5. *Universidad de Antioquia. Historia y presencia*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1998, p. 276.

*Texto elaborado en la División de Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia.

La “extensión cultural” como política para la construcción del proyecto nacional en la primera mitad del siglo XX

Por María Adelaida Jaramillo González

El proyecto cultural de la llamada “República liberal”, período de gobiernos liberales que se suceden en la primera mitad del siglo XX, especialmente entre 1934 y 1946, se sustenta sobre la base de un conjunto de orientaciones que intentan redefinir el proyecto de nación a partir de la llamada “cultura de masas o culturas populares”, como una manera de entrar en la “modernidad” y de configurar dicha nación que, fruto de las nuevas interpretaciones de la intelectualidad colombiana, permeada por los más “altos” ideales de la cultura europea desde el siglo XIX, expresados en el romanticismo y en los trazos del costumbrismo literario y artístico, y en unas nuevas prácticas

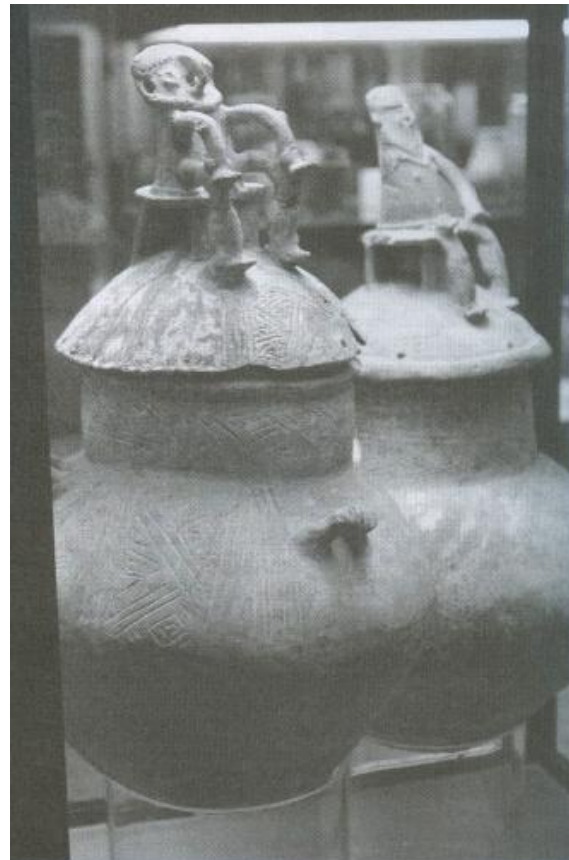
culturales, adopta el “folclor” como interpretación de la cultura (p. 21)¹.

Al decir de Renán Silva, este proyecto civilizatorio se centra en dos fases: la primera entre 1930 y 1940, en la que la difusión de las diversas formas de cultura intelectual y de normas educativas y sanitarias fundamentales para la “civilización de las masas” era el eje de la política cultural y educativa, y el periodo 1940-1948, en el que además de la “difusión cultural”, se intenta construir una manera de representar e interpretar las llamadas “culturas populares”, como forma de representación oficial de la cultura.

Es en este marco donde los proyectos “extensionistas” de la cultura surgen, y se ligan de manera expresa a la integración de los intelectuales con las políticas culturales del Estado, de tal manera que “sus proyectos culturales de masas fueron en gran medida la elaboración de grupos intelectuales que ocupaban las posiciones mas elevadas en los instrumentos estatales de formación y extensión cultural —el Ministerio de Educación y algunas dependencias particulares— al tiempo que dominaban en el escenario cultural, sobre todo en la prensa, en la radio y en el precario mundo del libro...” (p. 22).

En 1933, Alfonso López Pumarejo se constituye en el principal impulsor de una política cultural de masas que se reconoce desde la necesidad de revertir las relaciones entre las clases dirigentes y las masas del país, lo que marca una nueva visión frente a lo popular y las colectividades como punto de partida de un proyecto civilizatorio y de inserción de Colombia en la modernidad, en la que el aseo y las sanas costumbres, la lectura y la escritura, las relaciones con el conocimiento y la técnica y el

reconocimiento de los derechos y de los deberes ciudadanos, fruto de la carta universal de los derechos humanos, se constituyeron en las claves para el desarrollo de las políticas culturales de entonces.



Colección de cerámica. Museo Universitario

Esta visión permitió pasar del tono oscuro de un pueblo opacado por el aislamiento de los círculos cerrados en los que hasta entonces la cultura se había puesto en escena (tertulias literarias, círculos de intelectuales, entre otros), al tono colorido de una diversidad que empezaba a asomarse por los resquicios de las

ventanas en los campos, que dejaba ver sus formas, sus tambores, sus cestas, sus olores desde las montañas brumosas, en las marañas de las selvas, en la calidez de las costas del Caribe y del Pacífico con herencias africanas y en la tierra madre de los pueblos indígenas.

La ampliación de la noción de cultura desde la perspectiva social tuvo gran incidencia en el proyecto de construcción de lo nacional, en las clasificaciones que devinieron de ella, pero esencialmente en el papel que se le atribuyó en la creación de un “nuevo clima espiritual...que educara la sensibilidad popular en dirección de la construcción de un nuevo orden cultural, para lo cual resultaba tarea central la de —remover en su inconsciente el caudal de emociones y sensaciones, que es lo que constituye la cultura—, lo que solo podría hacerse mediante la música, la danza, el teatro, los aires folclóricos...”(p. 27). Este proyecto de “culturización”, aunque invocaba la necesidad de instrucción del pueblo, heredado de la Ilustración del siglo XIX, le dio estatus de sujeto y no de simple objeto de la acción estatal, y establece a la intelectualidad como “estado mayor de la cultura” (p. 29). Es allí donde se gesta el

gran proyecto de “extensión cultural”, una política cultural de masas que se amparó en la “idea de conocer y valorizar la actividad cultural de las masas”.

Es así como bajo el gobierno de Olaya Herrera, en 1931, se reorientan los destinos de la Dirección Nacional de Bellas Artes sobre la base de la extensión cultural, con el objetivo central de adelantar una “campaña cultural vulgarizadora” que llevara las formas de la “alta cultura”, de la élite cultural a las masas, campaña que no se quedaría en las altas planicies de la capital de la república y se ampliaría a todas las regiones del país y que se orientó a alimentar la integración nacional alrededor del proyecto cultural.

Es así como surgen la Radiodifusora Nacional de Colombia, la Biblioteca Nacional de Colombia, el Salón Nacional de Artes, las escuelas ambulantes, los patronatos escolares, las ferias nacionales del libro,



las bibliotecas aldeanas, las conferencias didácticas, las exposiciones artísticas, las audiciones musicales, el apoyo a la cinematografía en sus posibilidades de educar a unas masas analfabetas (en aquellos años el analfabetismo en el país llegaba al 40%). Se llevaban reproducciones gráficas de obras artísticas a todas las escuelas del país (no tanto con el fin de formar a los educandos en la apreciación y disfrute de las diversas expresiones del arte colombiano, sino con el propósito de mejorar la estética de los precarios espacios arquitectónicos de las escuelas), y se crea la oficina de Extensión Cultural Nacional, como un “conjunto de actividades que buscaban —mediante ciertas influencias exteriores, hacer del mayor número de colombianos, seres humanos efectivamente cultos—”, modelo que se retoma de México y Brasil, lo que pone a la “extensión cultural” como un programa de propaganda gubernamental para la defensa del nuevo orden social (citado por Renán Silva de las Memorias del Ministerio de Educación Nacional del Congreso de la República, Bogotá, Imprenta Nacional, 1934).

Esta actitud nacionalista se traduce en un cierre de fronteras no solo territoriales

sino muy especialmente culturales en los años cuarenta, en los que cualquier influencia extranjerizante se constituye en una amenaza, tal como se plasma en la Ley 148 de 1918 que creó la Dirección Nacional de Bellas Artes, Museos y Observatorios Astronómicos, la cual alertaba sobre las “manías extranjerizantes” y proponía alternativas para la defensa del artista nacional.

El desarrollo de la institucionalidad cultural en el país surge como fruto de este proceso, y es así como las llamadas “extensiones culturales” se expanden por el territorio nacional y al ámbito universitario, en cuyos claustros académicos se asentaba buena parte de la intelectualidad, tan necesaria en el desarrollo de este modelo civilizatorio, fruto de la Ilustración, proyecto que se extendió hasta los albores de la segunda guerra mundial debido a que el país no logró estabilizar unas instituciones que le dieran salida a las necesidades de un proyecto de modernización que le diera, al decir de Renán Silva, “una salida democrática a las tensiones que la propia modernización había engendrado” y que se centró en pasar de la simple difusión

cultural al reconocimiento y acopio de las expresiones culturales populares.

En este contexto surge la primera “Encuesta Folclórica Nacional” adelantada en el país por medio del sistema educativo, la cual intentó, bajo las orientaciones del Presidente López Pumarejo, evidenciar la “composición racial de la sociedad y las distintas formas de vida popular asentadas o en camino de asentarse en el país”. Se crea así la Comisión Nacional de Folclor y se da inicio a la construcción de las cartografías culturales en Colombia, iniciativa que tuvo desarrollos específicos en el *Atlas lingüístico y etnográfico de Colombia* y en el *Diccionario de régimen y construcción de la lengua castellana* de Rufino José Cuervo, proyecto que duró más de cien años en realizarse, todas ellas reflejo de la visión dicotómica de la sociedad asumida como el conjunto del “pueblo” y sus “superiores”.(p. 51)

De forma paralela surgen las instituciones de “alta cultura” (ejemplo de ello, el Instituto de Altos Estudios Sociales creado en 1942, que complementa el panorama con la Escuela Normal Superior

y el Instituto Etnológico Nacional. En Antioquia surgen iniciativas como el Instituto de Altos Estudios de Quirama), cuyo panorama se complementa con los llamados *museos de artes y tradiciones populares* y otras iniciativas que buscan articular las relaciones entre la cultura de élite y el folclor en la construcción de lo nacional, como las extensiones culturales departamentales y universitarias.

En efecto, el fortalecimiento de este proyecto cultural que desde sus orígenes fue la universidad, se orientó entre los años treinta y cuarenta del siglo XX, a partir de la necesidad de alimentar este proyecto cultural nacional, de acuerdo con Darío Achury Valenzuela —uno de los principales ideólogos del proyecto cultural del liberalismo en el Ministerio de Educación Nacional de Colombia y citado por Silva en el texto ya referido—, sobre la base del diálogo entre “una cultura jerarquizada compuesta por una elite directiva culta y unas masas como elemento cuantitativo” y atravesada por las relaciones creadores-consumidores que aún hoy marcan con mucha fuerza el proyecto cultural universitario.

Así surge la División de Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia; creada mediante Acuerdo Superior N.º 23 del 4 de octubre de 1946, su proyecto cultural se orientó por muchos años a hacer eco de estos preceptos civilizatorios y amplió el espectro de la institucionalidad cultural universitaria, que ya había incorporado a las tareas de extensión a la Emisora Cultural (1933), la Imprenta (1929), la *Revista Universidad de Antioquia* (1935), la Biblioteca (1935) y el antiguo Museo de Etnología e Historia Natural como parte de ese proyecto que daba respuesta a la necesidad de formar a las masas bajo un “modelo culturizante” y que impulsaron con mucho acierto, en su momento, el Rector Clodomiro Ramírez quien asumió desde 1934 hasta 1938 los destinos del Alma Máter, el profesor Julio César García, quien fuera Director del Instituto de Filología y Letras, y el profesor Alfonso Mora Naranjo, director de la Biblioteca y de la Revista en sus comienzos.

*María Adelaida Jaramillo González. Jefa de la División de Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia. Magíster en Gestión Cultural y Coordinadora del Comité Técnico para la formulación del Plan de Cultura del Departamento “Antioquia en sus diversas voces 2006-2020”.

1. Todas las referencias citadas fueron tomadas de Renán Silva, *República liberal. Intelectuales y cultura popular*, Medellín, Editorial La Carreta, 2005, pp. 21 y ss.

Inicios del Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia

Por Elena Correa Builes

Era quizás el tercer mes del año de 1979. Una tarde, en una de las cafeterías frecuentadas por universitarios en el centro de Medellín, al término de una lectura de poemas, conversábamos Gustavo Adolfo Garcés y yo con Raúl Henao. La fogosidad de éste marcaba el ritmo de la conversación y todos lamentábamos la vida efímera del Premio de poesía Eduardo Cote Lamus convocado en Santander, solamente en dos ocasiones. Cómo organizar algún “evento importante” pensaba Raúl, de carácter nacional, ideaba Gustavo Adolfo. La Universidad de Antioquia puede, aporté yo. Y como quienes hacen, a la manera surrealista, un “cadáver exquisito”, dije: “¡Quedó: Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia!”.

— ¿Acaso usted “maestrica”, es alguien en la Universidad?— preguntó despectivo Raúl Henao.

Yo no era nadie en la Universidad, pero sí conocía a Gabriel Darío Restrepo Posada, director académico, y la oficina de Extensión Cultural era una de sus dependencias. Pocos días después de esa conversación, Gabriel Darío no solamente andaba entusiasmado con la idea de crear el Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia, sino que también daba las órdenes para que saliera a la luz una publicación especializada en poesía que se llamó *Gaceta*, que serviría para publicar a los poetas jóvenes y de vanguardia. En mayo de ese mismo año, el rector Luis Carlos Muñoz Uribe, por medio de una rueda de prensa, convocó el I Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia.

Fue sensacional: la convocatoria se cerraba en septiembre, porque el Premio se entregaba el 9 de octubre, día clásico de la Universidad de Antioquia, y en sólo cuatro meses fueron recibidos más de quinientos libros inéditos, enviados incluso desde los lugares más

apartados del país. Libros cortos con escasos diez poemas, o libros enormes hasta de mil poemas; variedad de estilos, temáticas diversas, verso clásico, verso libre, poema elegíaco, con lírica y sin ella, en fin, todos los que se sentían poetas aspiraron al Premio.

Sesenta mil pesos o la sombrilla de la abuela, cualquier equivalencia que menoscabe mi frustración.

Mi querida abuela:

He decidido pensar que mi retórica suple tu sombrilla. Una perfecta inutilidad a cambio de un objeto útil; algunos hablarían de engaño. Pero esa solución es la única sutileza que juega con mi temperamento.

Mi querido Nieto:

Si me cedes tu bulla tendrás que participar con tu sombrilla. El jurado podría entender que sus pliegues alojan el fundamento de una crónica premiable.

(Siempre en tus manos pero jamás del todo abierta para sostener una relación pulsante con la intemperie. Adrede los soles y las lluvias de los países sentidos mejoraron tu vicisitud. Otro menos torpe en el ejercicio de



Sobre peso. Miguel Polling



Antejardín. Armando Montoya



Botella de Coca cola. Adolfo Bernal.



Felinos y caracolas. Alba Cecilia Gutiérrez



De la serie Tolú, Ana Cristina Vélez



De la serie Flora Carnal. Juan Raúl Hoyos



Gallo y luna. María Victoria Ortiz

la misma extravagancia se habría aproximado al poema).

Éste es el primer poema de *Turismo irregular*, libro enviado bajo el seudónimo “El Marqués de la Humareda” que alcanzó el tercer puesto de los tres premiados. Fernando Garavito, jurado de esa primera versión del Premio — junto con el mismo Raúl Henao y el gran poeta Luis Vidales— defendía para ese libro el primer premio. Era realmente nuevo y cumplía con la tónica vanguardista que buscaba apoyar el Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia. De casi todos los libros se podían hacer cábalas sobre su autor, pero “El Marqués de la Humareda” era realmente insospechable. Sólo cuando en octubre, frente a los periodistas, se abrieron los sobres que identificaban a los ganadores, todos preguntaron: ¿quién es Rubén Vélez? A lo que alguien contestó: “pues ‘El Marqués de la Humareda’”. Era la voz misma de Rubén que estaba allí, con su cara de muñeca, su cinismo y su filosofía a flor de piel, un verdadero artista del arte conceptual.

No obstante, los jurados habían optado por premiar en primer lugar el libro *Señal de cuervos*, que a toda luz se sabía era del joven y genial poeta Juan Manuel Roca.

El segundo lugar fue para *La luna y la ducha fría*, de Víctor Gaviria, quien ya había ganado el Premio de poesía Eduardo Cote Lamus y empezaba a conocerse como escritor; pero entonces, hacía poemas repletos de imágenes, como con la ilusión de que alguna vez fueran vistos en una pantalla, en lugar de ser leídos en las páginas de un libro.

Era el último año de la década de los setenta, el país vivía cosas muy nuevas, la izquierda empezaba a perder su horizonte, los poetas se peleaban, mientras la modernidad en el mundo entero llegaba a su fin:

Al graznido escuchado al borde

De la estrecha carretera

Cuando los rostros afilados de los hombres

Miran al cielo con ojos llenos de asombro,

La noticia se propaga por ensalmo:

La señal de los cuervos

Anuncia...

(Juan Manuel Roca, *Señal*

de Cuervos)

La inclusión de *Turismo irregular* entre los libros premiados fue, a mi modo de ver, lo mejor del Premio Nacional de Poesía

Universidad de Antioquia, al menos en lo que se refiere a su primera versión. Aunque el mensaje, sin lugar a dudas era, o es, oscuro, muy al contrario de la extrema concentración de Stéphane Mallarmé, quien buscó “en la analogía del plano humano los designios que mueven al universo”, Rubén Vélez no se aleja del suceso trivial y cotidiano tal como lo sugería Marcel Duchamp, muerto apenas algo más de diez años antes de que apareciera “El Marqués de la Humareda” con su *Turismo irregular*, y por quien las artes de la modernidad habían llegado ya a la fragmentación total.

Pero los tiempos nuevos traerían también una mayor libertad expresiva, sin los rencores y fogatas del fin de la modernidad. Esa transición, que dejó de paso muchos nombres nuevos para las letras nacionales como fue el caso de Jaime Alberto Vélez o de Orlando Gallo, por ejemplo, la ha vivido el Premio Nacional de Poesía que, desde sus primeras ediciones, premió por **Reconocimiento** la obra de los poetas consagrados, el primero de ellos Álvaro Mutis, y por **Concurso** a los jóvenes que incursionan en su propia interioridad, braceando con la poesía, en este mundo que avanza hacia ficciones insospechadas. Pero, en conclusión, como lo diría José Manuel Arango, uno de los mejores Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia: “Otra vez, esta noche, sentados a la mesa...”.

*Elena Correa Builes. Profesora vinculada a la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

Los muchos sentidos de la *Agenda Cultural*

Por Luis Germán Sierra J.

En Colombia no es común que una revista tenga larga vida. Es común lo contrario, por razones sobre las cuales es ocioso ahondar y que casi todo el mundo conoce. Es probable que no tengamos una fincada tradición en revistas literarias o de cualquier otro tipo, pero sí en la insistencia de comenzarlas, en el intento de fundar nuevos y nuevos títulos. Y es posible, también, que ello no constituya ninguna falencia. Al fin y al cabo, en todas partes se dice: “aquí había una revista...” Y ahí están *Cuatro gatos* en Barcelona, *El vientre de la ballena* en Caracas, *Laurel* en México, *Orígenes* en La Habana, *Mito* en Bogotá, *Acuarimántima* en Medellín, *Gaceta* en la Universidad de Antioquia. Muchas más. Ahí están para ver lo que fueron. Cuántas veces es el peso de los nombres de quienes emprenden ese azaroso viaje lo que permite avanzar largos años sin tropiezos. Por la calidad, por el carácter inédito de los escritos publicados, por los autores de prestigio que incluyen en sus contenidos. Ello no se da todos los días, pero sí el ímpetu de querer publicar lo propio y de los amigos, soñar con fieles lectores. Lectores que, casi siempre, husmean y se van. O que no pueden pagar lo que cuesta una buena publicación.

La *Agenda Cultural* de la Universidad de Antioquia es una de las excepciones a esa malhadada suerte, debido, sobre todo, a que ella se ha ganado, en sus once años de existencia, el afecto del público universitario, y en general de la ciudad, que mes a mes la reclama, la recibe gratuita, la lee con fruición y consulta sus temas a veces de actualidad, pero sobre todo temas de cultura, ciencia, arte y literatura. Y toda la programación de la Universidad relativa a cine, conferencias, exposiciones, efemérides, seminarios, cursos, etc.

A pesar de ser una publicación institucional, la *Agenda Cultural* ha mantenido una clara independencia, tanto en la definición de sus contenidos como en la crítica que, de una u otra manera, tenga que ver con la Universidad, preservando, por encima de todo, la calidad de los textos publicados, sus soportes argumentativos y el respeto por las ideas de cualquier índole.

A pesar de ese carácter aludido, la *Agenda* tampoco se ha visto impelida a tratar en sus

páginas temas con algún sesgo en particular y, en cambio, a lo largo de sus 125 números han circulado diversos panoramas y visiones relativos a la creación, el pensamiento, la filosofía, la contemporaneidad. Se ha nutrido de la pluma de escritores internacionales y propios, a veces con textos inéditos solicitados para un número determinado, o tomados de publicaciones que circulan y con las cuales se cuenta para dar a la luz apartes o capítulos o artículos que interesan a los lectores de aquí.

En general, las revistas sustentan su principal atractivo en la variedad de su contenido, en la posibilidad de ir como de paseo y detenerse un poco donde cada quien elige, donde encuentra el mejor acomodo, donde algo llama la atención de su interés o, simplemente, donde encuentra un aire, un fresco, un objetivo de su gusto. Y en la libertad de pasar de largo sobre uno u otro texto, apenas sí ojearlo y seguir hacia nuevos rumbos, a donde pique la curiosidad y el encuentro de un autor o de un tema, a manera de guiño, de invitación.

La *Agenda Cultural*, no obstante, ha adoptado un carácter monográfico, entendiéndolo por ello un tema que se despliega en varios artículos que lo tocan bajo ópticas distintas y con variados puntos de vista, a veces encontrados entre sí, pero que lo enriquecen y lo amplían. Ello ha permitido, sin duda, que los temas

elegidos cuenten con un más hondo calado y con más amplias perspectivas, sin incurrir en la inflexibilidad o el acartonamiento de lo pesado y fatigoso, pero procurando no ir hacia lo banal ni superfluo.

También, como toda publicación que se respeta, ha pasado momentos de bochorno por gazapos imperdonables, por equívocos mayores, por olvidos inolvidables. Aquellos yerros que nos hacen anhelar habernos dedicado a otro oficio: estibadores en algún puerto, vendedores de Biblias, cualquiera otra cosa.

Al lado de la *Revista Universidad de Antioquia*, *Debates*, *Leer y releer*, *Códice*, del periódico *Alma Mater* y de las distintas revistas especializadas y académicas de las facultades de la Universidad, la *Agenda Cultural* es uno de los aportes culturales y científicos más importantes del Alma Mater. En sus once años han cambiado sus páginas y su presentación, como una muchacha que se muda desde su risa hasta sus formas, su vanidad y sus gustos. Hoy se le ve dueña de una gracia y una solidez que auguran, sin duda, muchos años más al lado de la Universidad, fruto de ella y convencida del aporte y el regalo que representa para los lectores universitarios y de la ciudad.

*Luis Germán Sierra. Miembro del comité de la *Agenda Cultural* y coordinador del Área de comunicaciones del Sistema de Bibliotecas de la Universidad de Antioquia.

fui confundido con un caballo de carreras.

¿Y qué premio piensas ganarte el próximo año?

Poeta, cada vez estás más cerca de Estocolmo.

En el peor de los casos, terminarás en una
embajada...

¿Se le había realizado un sueño a mi mamá?

“Llamémoslo Rubén para que nos salga poeta”.

Pero a ella no le parecieron poéticos mis versos

de “turista
irregular”.

Un año después, quedé de primero.

Otro laurel que no cambió mi película.

(Ay, ni la de mi mamá).

Qué pereza esto y lo otro, me decía a todas
horas.

Y no he dejado de decírmelo.

Como que lo mío ha sido la causa del cansancio.

Mami, debiste ponerme el nombre de Julio
César.

Medellín, agosto 25 de 2006.

*Rubén Vélez. Poeta y abogado. Medellín (Antioquia-Colombia). Ha publicado los siguientes libros: *Turismo irregular*, *La gente es un caso*, *Medellín me mata*, *Hip, hipopótamo vagabundo*, *Bestiario con una púa de más*, *Trátese sin cuidado*, *Veinticinco centímetros*, *Vidrio molido*, *Entre habanos anda el impuro*, *Las siamesas asesinas*, *Usted no sabe con quién se está metiendo*, *La abuela huele a lobo* (Editorial Universidad de Antioquia, 2005).

En la sociedad del ruido:

¿para qué eso de lo cultural?

Por: Sergio Alberto Henao

La mayor parte de los centros de educación superior aspira a cumplir como mínimo dos objetivos: la formación académica y profesional y la formación humana, en la que se incluya la promoción de valores éticos y ciudadanos. Por lo menos así se registra en el papel, pues existen instituciones que apenas sí cuentan con un espacio físico limitado para el desarrollo de las clases. Pero no todas las universidades tienen del todo claro su papel; primero, con el estímulo de la investigación y la producción de ciencia, y, además, con la difusión de la cultura y el fomento de las manifestaciones artísticas; es decir, no todas tienen clara su función social. Con respecto a esto último, para algunas basta con la programación mensual de un concierto, una película, o tal vez una conferencia por parte de un profesor de la misma institución.

De hecho, si se hace un recorrido cuidadoso de la galería de instituciones que ostentan el nombre de universidad, se encontraría que muchas de ellas no cumplen con la misión social y cultural propia de una entidad académica. Basta preguntar qué se entiende por la palabra universidad, palabra que en sí misma, como muchas en nuestro lenguaje, tienen un sentido ignorado y abaratado, como cuando se escucha decir de cuanto sucede que es “¡superlindo!”, “¡superbueno!”, “¡superinteresante!”, o “¡espectacular!”. Igual ha ocurrido con la palabra universidad, que tiene sentido según el nombre de la institución a la cual se aplique, gracias a la época descaradamente neoliberal —sé que es una obviedad hablando de la contemporaneidad

redundante— y al espíritu mercachifle de tantas pseudo-academias.

Síntoma del desajuste entre misión y realidad se manifiesta en los *campus* o ciudadelas de algunas de esas universidades, las cuales permanecen desiertas la mayor parte del tiempo, con una cotidianidad ajena a las actividades o programas académicos, culturales y artísticos, reflejando una clara ausencia de opciones extra-clases para sus matriculados, evidente muestra, de nuevo, de ese vacío en su función social.

La Universidad de Antioquia es quizás, en la ciudad, la universidad que mayor visibilidad tiene en su gestión cultural. Por algo ha sido el referente cultural del departamento, con su permanente convocatoria a encuentros y actividades académicos y artísticos, y con su presencia en la ciudad y, cada vez más, en las regionales.

La División de Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia cumple 60 años. Tiempo en que el balance seguramente debe ser muy positivo y halagador, pues en el *campus* se viven con vitalidad el encuentro y el diálogo permanentes de las regiones departamentales y nacionales. Se observan, con curiosidad primero, y admiración después, cada una de las expresiones

artísticas por excéntricas y extrañas o “inmorales” que lleguen a ser. Desde la reflexión académica se convoca constantemente al intercambio de posiciones que, en continua contradicción, mueven la historia del país; se logra también, a través de la tertulia que propician los *boulevares* de la ciudad universitaria, y como producto de diversas provocaciones, “arreglar el país” mientras se toma café. Todo ello, consecuencia y causas necesarias e ideales de la función social de la universidad, que llevarán a que luego sus egresados desempeñen el papel que les está encomendado en la sociedad y en la comunidad.



Cristo-Prometeo. Técnica: bronce y acero.
Rodrigo Arenas Betancur, Bloque 16,
ciudad universitaria

Desde
esa

aspiración, se enuncia la misión de la oficina de Extensión de la Universidad, pues se tiene presente que es la cultura en sentido amplio, “el fundamento esencial en la

formación integral de los ciudadanos”, y así la entiende el claustro, cultura basada en “los principios de respeto por la identidad cultural, la cooperación interinstitucional, la solidaridad, la socialización, la participación, la democratización” e insertada como “pilar fundamental en la construcción de los programas y proyectos de formación integral de los ciudadanos”, derrotero para “lograr un mayor impacto de sus programas de la universidad en la sociedad, y fortalecer y democratizar las posibilidades y la participación en el desarrollo de procesos culturales en amplios sectores de la comunidad”, además, para “integrar las políticas culturales con las políticas educativas y con las demás políticas sociales y fortalecer el diálogo intercultural”¹.

Se reconoce en esa bitácora de vuelo la filosofía de una universidad en sentido integral, cuya misión académica, técnica y científica debe ser complementada a la manera del ideal renacentista. Esta misión no es exclusiva de una dependencia institucional, como si fuera la abanderada de una causa mesiánica, pues no sólo no es la única que existe en el Alma Máter (casi todas las dependencias y regionales tienen una instancia similar o parecida encargada de cumplir esta misión), sino que tal misión es también responsabilidad de todo

programa y curso que se imparte en cada semillero, pregrado y postgrado.

Quizá pensar que la cultura en la Universidad es privativa de una dependencia institucional y concebirla aislada de la cotidianidad de la comunidad universitaria y social, sea lo que dé lugar a las tendencias fascistas y fundamentalistas que a su vez llevan a ver a los artistas como bohemios empedernidos, a los intelectuales como guerrilleros o militantes de ideologías radicales o, del otro lado, a los profesionales de las tecnologías como los *homo faber* incapaces de acceder a la poesía.

La evolución de los sistemas educativos hacia un *pensum* menos exigente y la presencia abrumadora de los medios masivos de comunicación, cada vez más inmediatos y menos controlables, han provocado en las nuevas generaciones una indigestión de estímulos sensoriales y una embriaguez en el hedonismo y en la crueldad, en el instinto primario y en el analfabetismo cultural.

Y es que en Colombia, no sin cierta razón, se ha entendido la cultura como aquella cuestión relativa exclusivamente a una tribu de esnobs y arribistas, frívolos y vanidosos que se reúnen siempre en cuanto coctel,

festival de poesía, teatro o cine, exposición artística o feria del libro existan, y acaso haya sido así desde el siglo XIX, cuando se hizo de la pedantería un signo de elegancia. De ahí que no sea casual que el escritor cartagenero Efraím Medina Reyes², con sorna, caricaturice esta fauna en uno de sus cuentos.

De igual manera se quejaba la columnista Mariane Ponsford recientemente³ en una de sus columnas, y a propósito de la reforma tributaria que por estos días se discute en el Congreso, la cual propone, entre otras disposiciones la eliminación de la Ley del libro y el gravamen a las entidades culturales. Así termina advirtiendo la columnista:

“implica la desaparición de cientos de fundaciones cuyo trabajo está encaminado a ofrecer opciones para la construcción de una sociedad plural, abierta y educada. El gobierno de Uribe debe entender que no es un sector el que se ve afectado. No es un puñadito de gremios. No es la cultura: es la sociedad. Es la posibilidad de futuro, de ese supuesto 2019 del bicentenario con el que le gusta soñar. Si la reforma no se modifica, si no se tumban los gravámenes al sector cultural, acabaremos por confirmar que no sólo el narcotráfico ha ganado la guerra, sino que en ese idílico 2019 los valores



Cristo-Prometeo. Técnica: bronce y acero.
Rodrigo Arenas Belancur, Bloque 16,
ciudad universitaria

*mañosos se habrán instalado de manera difícilmente reversible en la psique y en el corazón de la sociedad colombiana. Señor Presidente, que usted no vaya a cine o a teatro es lo de menos. Que prefiera Panaca al Colón, no importa. Estamos hablando de otra cosa, de proporciones monumentales para la Nación”.*⁴

Un panorama nacional resultado de una educación tecnocratizada, ahíta de vacío en la que lo cultural no se constituye o en valor de la comunidad, sino en el espejo de Narciso; el ejemplo lo dan el máximo personaje público del país y sus consejeros, con políticas que borran de un tajo — ¡y ojo con la figura!— lo que en el plazo inmediato podría generar una sociedad más civilista

que ayudara por fin a superar la anomia nacional en la que se vive desde hace décadas.

Dentro de la lectura que la columnista realiza acerca de la manera como se gestiona el apoyo en algunas de las dependencias del Estado, habla de ciertas prácticas propias de los mafiosos, que han hecho metástasis en casi todo rincón donde se hace ejercicio del poder. Esos “valores mafiosos” están presentes tanto en la manera de hacer política en nuestro país como en la cotidianidad, y aunque no son característicos sólo de Colombia sí identifican al país en el vacío por parte del Estado y de los gobiernos recientes, en el estigma sobre una cultura que no produce renta contante ni sonante, o en la idea de que una cultura debe ser masiva y espectacular y servir para hacer estadísticas que justifiquen la rimbombancia y el derroche. Además, sí se reconoce el país en la marginalidad y en la soledad de quienes no son patrocinados porque no tienen poder de convocatoria, en el apoyo que se da a los que sí la tienen porque están de moda y tienen *marketing* y también en la ausencia de los funcionarios de las entidades culturales que no perciben el valor de una obra musical o teatral, de una muestra de cine intemporal, de un concierto o recital considerados contracorriente o “subversivos” de la moral o el *statu quo*, o

que no consultan las expectativas y necesidades de la comunidad.

Y volviendo a lo que pasa en la vida universitaria, es sintomático de un vacío en la misión de la extensión cultural que en la cotidianidad de los *campus* se haya generalizado la práctica de actividades más propias de garitos y casinos, así como de actividades lúdicas y de esparcimiento que revelan una forma de pensamiento impositivo cada vez más campante: “picaos” de futbolito a lo largo y ancho de todas las plazuelas, a contracorriente de los espacios destinados para ese deporte; columnas gigantes de sonido (10.000 wattios por lo menos) para una jornada de aeróbicos frente a la biblioteca (¿cada mes?); invasión de televisores (gigantes, a ratos) generadores de



El beso. Gabriel Vélez Calle.
Fundición en bronce, 2004

ruido permanente y aparentemente manejados por esquizofrénicos.

Ante este panorama, y por lo menos en la Universidad de Antioquia, quizás falte repensar las políticas y estrategias implementadas y sus objetivos reales. A veces, esa serie de eventos revelan un afán de tipo más rimbombante que esencial, más ruidoso que sensible, más efímero en sus logros que honesto en su verdadero papel, con grandes despliegues —y derroche de dineros públicos— de logística, recursos y efectos publicitarios, propios más de los afanes demagogos de las empresas de marketing y la cultura de masas. No parece que existiera una coherencia entre lo que aparece fijado en la misión y en los objetivos con las actividades que desarrolla en la Universidad, sí parece que se confundiera con aquello que desde hace casi un siglo percibieran Adorno y Benjamín, en la medida en que el fenómeno se convierte en pretexto para el aturdimiento y el olvido rápido como parte de esa industrialización cultural, cuyos productos salen embutidos y empacados al vacío.

Es cierto que la extensión cultural ha cumplido una labor pionera en la ciudad y en la región en la inspiración y fomento de las manifestaciones literarias, teatrales, plásticas y en la formación vaga o completa

de sus públicos y en la aparición de una ulterior serie de iniciativas para la fundación de bienales, ferias y festivales y su difusión y divulgación; si no, cómo pensar aquellos primeros “movimientos culturales” alrededor del cine y del teatro en los años sesentas, setentas y ochentas, pero también es cierto que, luego, parte de las políticas se tornaron tibias y burocratizadas, a veces también sordas en su arribismo, su pedantería y su esnobismo y ajenas y aisladas de quienes se deben.

Notas

¹ Extensión cultural, Universidad de Antioquia, página virtual: misión y objetivos.

² Ver Efraím Medina Reyes, *Cinema árbol y otros cuentos*, Ministerio de Cultura, Bogotá, 1996.

³ (...) Pero cuando en Colombia se habla de cultura, parece, todavía, que se estuviera hablando de un asunto de nicho. De un asunto que sólo interesa a un puñado de personas. Como la cría de gusanos de seda, como el *rafting*, como la filatelia. Para comenzar, se cree que “lo cultural” es una actividad: ir al teatro o la ópera o a un museo. Que es un tipo de entretenimiento sofisticado y a veces difícil (leer a Coetzee o a Blöch, oír un cuarteto de Shostakovich), que sólo compete a unos pocos. En suma, un

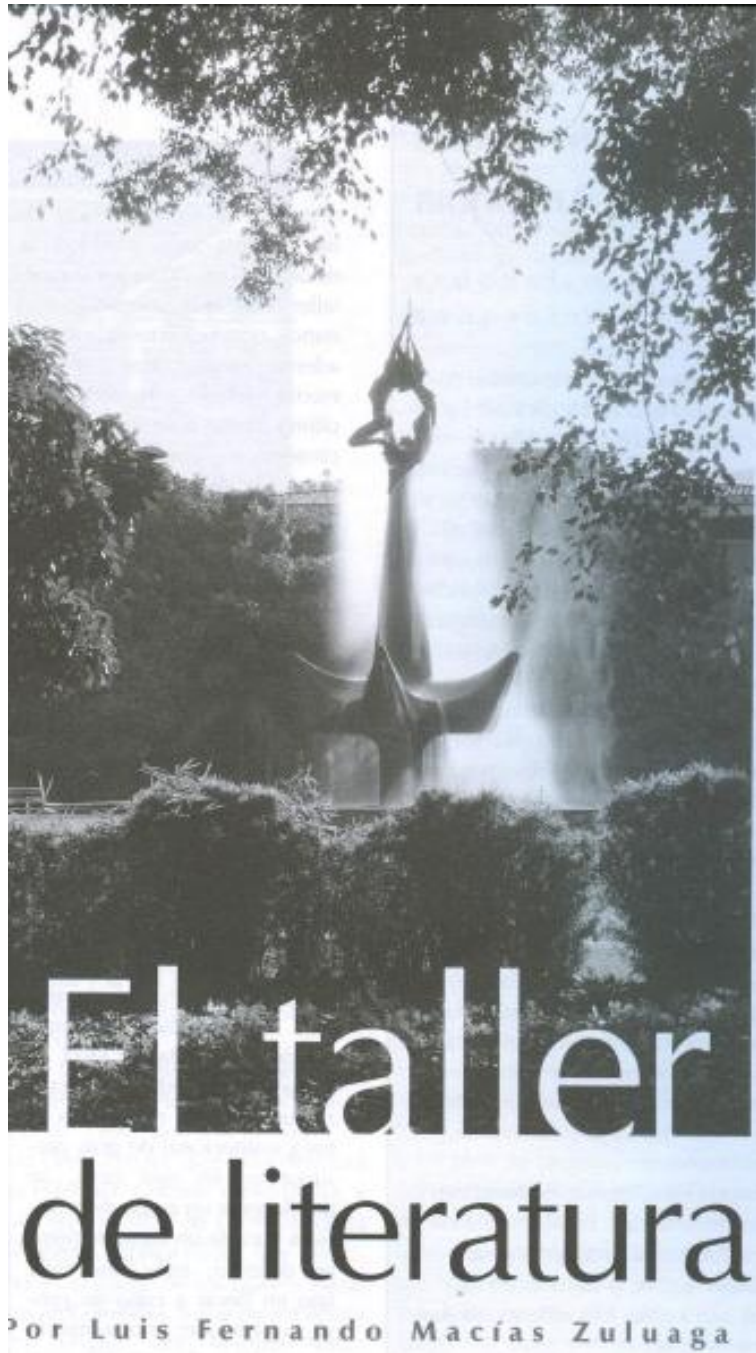
asunto de minorías. Sin embargo, es uno que genera muy curiosos prejuicios. Porque a nadie le da miedo que le digan que no sabe nada sobre la cría de conejos, pero así mismo, ser llamado inculto o ignorante se considera profundamente ofensivo. Es decir, el ciudadano sospecha que es algo que debería importarle, pero no está del todo convencido. Porque no ha logrado asumirse colectivamente que eso que llama “lo cultural” es uno de los pilares fundamentales del desarrollo. Que una sociedad que no produce pensamiento —académico, científico, filosófico, político—, no genera mejorías en el bienestar colectivo. Que una sociedad que no ofrece opciones a sus ciudadanos para abrir sus horizontes, está condenada al subdesarrollo. Lo que sucede es que el aporte al desarrollo del trabajo cultural es uno silencioso, como todo proceso de auténtica transformación social. Su impacto es subterráneo, de largo plazo, y vivimos en una sociedad que sólo comprende lo inmediato. Pongo un ejemplo: si bajan los índices de violencia en Medellín, se piensa que es exclusivamente debido a una acción concreta de la Alcaldía actual. Se especula desde un pacto con la mafia (con Don Berna, por decir algo) o se alaba la gestión de Fajardo. Pero no se piensa que el trabajo callado durante muchísimos años de cientos de ONG y programas de las secretarías de Cultura y Educación en las comunas de Medellín ha podido incidir también en la disminución de la violencia

(...).Mariane Ponsford , “No es la cultura”, en: *El Espectador*, 27 de agosto del 2006, Bogotá.

⁴ *Ibid.*

*Sergio Alberto Henao. Comunicador Social y profesor universitario.

La noción que más conviene para la definición de un taller literario es la del antiguo concepto de taller artesanal, en el que se destacan dos figuras como sus componentes centrales: el maestro guía y el aprendiz. Asimismo, es productivo el hecho de que cada una de estas figuras tenga muy claro su papel y se entregue al cumplimiento de sus funciones con la dedicación y la mística de las vocaciones verdaderas. Conviene pues que el maestro lo sea verdaderamente y que el aprendiz, además del ferviente deseo de conocimiento, se confíe a su maestro, siguiendo las normas de respeto y obediencia.



Las características de un taller de literatura se definen a partir de dos variables esenciales: la primera, la constituyen los intereses del taller y, de acuerdo con ella, un taller puede ser de creación literaria, de poesía, de narrativa, de ensayo, de lectura o, simplemente, una tertulia de amigos; la segunda, se define por

el carácter del director y alcanza la dimensión de su personalidad literaria.

El taller de creación literaria es de carácter general, admite todo tipo de aprendices y su objeto de estudio es la expresión verbal

desde diversos puntos de vista, tanto el de la creación misma como el de la recepción de los textos creados; su meta es la formación de los creadores de acuerdo con sus talentos naturales, en relación con sus vocaciones particulares, lo cual exige del maestro un seguimiento individualizado de sus alumnos.

El taller de poesía es de carácter particular y sólo admite alumnos cuya vocación sea la poesía. Habitualmente, una comunidad dispone de muy pocos poetas verdaderos, aunque casi todos tienen el anhelo de serlo y, la gran mayoría, acusa esa pretensión. De este modo, la misión del taller de poesía consiste en formar a los poetas y a sus lectores. Ahora, considerando que el estudio de la poesía abarca el estudio de casi todo el saber humano y que los verdaderos poetas lo son de suyo, podemos entender que el objeto de estudio de un taller de poesía se eleve a la particularidad de la enseñanza o el aprendizaje del amor por la poesía, ya que todo lo demás es la vanidad que a tantos equívocos conduce.

El taller de narrativa es también de carácter particular, aunque no tan específico, en principio, como el de poesía. Curiosamente, debido a razones de orden práctico, los talleres de narrativa se dedican al análisis del cuento y, aunque su objeto debería ser la

creación del mismo, se quedan en la mirada superficial de la corrección gramatical y de las distintas concepciones sobre la estructura formal de los cuentos. Un estudio verdadero del cuento alcanza la dimensión de un estudio profundo del hombre, desde el punto de vista de la pregunta por el nacimiento del mito, la filosofía, la religión y la literatura, pero ésta es una empresa que se toma toda la vida de un hombre, razón por la cual en el taller hay que asumirla como si nunca nos fuéramos a morir. Cabe además acotar que, en nuestro medio, debido a la decadencia del último medio siglo respecto al conocimiento y manejo de la lengua, es necesario dedicar grandes períodos de tiempo al estudio elemental de la redacción, con el fin de preparar a los aprendices para el estudio profundo de la composición escrita, desde el punto de vista de una noción estética del mundo y del lenguaje.

Carecemos de talleres dedicados al estudio de la novela, quizá porque carecemos de maestros dignos de tan alta distinción. Esto hace que el taller del novelista se reduzca a su escritorio particular y a su formación personal, indagando aquí y allá, sometido a la burda opinión de sus amigos que, en una noche de tragos, lo adulan o lo despedazan, por razones que nacen de la misma incomprensión, lo cual aumenta el tamaño de

Taller de escritores de la Universidad de Antioquia
su soledad. Quizá la forma más procedente

Por Mario Escobar Velásquez

El Taller de Escritores de la Universidad de Antioquia fue fundado en los inicios del año 1980 por la entonces directora del Departamento de Extensión Cultural, doctora Luz Elena Zabala. Yo fui el primer director y orienté el Taller durante 24 años, hasta el año 2004, cuando fui reemplazado, porque me jubilaba, por el también escritor y profesor Luis Fernando Macías. El Taller cumple, pues, veintiséis años de funcionamiento ininterrumpido.

La función del Taller es, como su nombre lo indica, formar escritores. Se dice "formar", porque el escritor nace con la devoción por el oficio, pero, naturalmente, debe adquirir un perfecto dominio del idioma, y también de las variadas técnicas que permiten la escritura de cuentos, de crónicas, de novelas, de dramas. A más, de adquirir un estilo que lo identifique.

Todo lo anterior lo ha logrado el Taller durante su funcionamiento con multitud de personas que ahora ejercen el noble oficio, y que han ganado numerosos premios literarios y publicado muchos libros. Ellos predicán que el Taller los formó para el oficio, y suelen recomendarlo.

Con el tiempo los talleres de escritores han proliferado en la ciudad. El Taller que en la Biblioteca Pública Piloto dirigió Manuel Mejía Vallejo, y el de la Universidad de Antioquia, son los dos más antiguos. Ambos renombrados en el país.

*Mario Escobar Velásquez. Támeis (Antioquia, Colombia), 1928. Escritor y periodista. Además del taller de escritores de la Universidad de Antioquia, ha dirigido numerosos talleres literarios en la ciudad. Ha publicado entre otras obras: *Cuando pase el ánima sola* (Premio Vivencias); *Un hombre llamado todero*, *Marimonda*, *Toda esa gente*, *Antología comentada del cuento antioqueño*, *En las lindes del monte*, *Historias del bosque hondo*, *Canto rodado*, *Con sabor a fierro y otros cuentos*, *Reportajes a la literatura colombiana* (coautoría con Reinaldo Spitaletta), *Cucarachita nadie*, *Historias de animales*, *Del fervor de la crónica: veintiocho muestras*, *Muy Caribe está*, *Urabá, en hechos y en gentes 1502-1980*, *Diario de un escritor*

—extractos— y *Relatos de Urabá*.

de realizar un taller de novela sea la beca institucional de gran presupuesto; en este caso, se podría tener un grupo de novelistas durante un lapso de tiempo definido, enfocados cada uno en llevar a cabo un proyecto particular; esto permitiría una rutina de estudio con temas relacionados con la novela, la estética y la creación verbal, además de una serie de encuentros con grandes escritores, así como el tiempo necesario para la creación individual y la socialización del trabajo adelantado día a día.

En nuestro medio también carecemos de talleres de ensayo, tal vez porque su ejercicio se ha mantenido en los dos extremos, el del ensayo académico de interés restringido o el del ensayo periodístico que, por pretender interesarles a todos, finalmente a nadie le interesa. Así mismo, porque, en el cultivo del género, hemos olvidado sus dos virtudes irrenunciables: la claridad y el orden, únicas que pueden conducir a la transparencia, que es su gran ideal. El objeto de estudio de un taller de ensayo debería ser la composición escrita, además de la cultura universal que procure para el ensayista el conocimiento de la historia del arte, de las ciencias y del pensamiento humano; aunque, más que el conocimiento, las mejores cualidades de un ensayista son la libertad y la independencia de criterio.

El taller de lectura, que es el de menores pretensiones en apariencia, puede convertirse en verdadero factor de crecimiento cultural para la comunidad. Para que sea posible, basta con reunir a un grupo de amigos o vecinos que definan conjuntamente un plan de lectura y una rutina de reuniones semanales. Este plan no tiene que ir más allá de la definición de un libro a la vez, alrededor del cual se realizan otras lecturas y actividades complementarias, de modo que se enriquezca la comprensión con el diálogo y el aporte de cada participante. La única meta que se persigue es el placer de leer y compartir la conversación sobre lo leído, y el premio que se alcanza es el dulce solaz de los amigos entrañables, así como la única exigencia es la lealtad a la disciplina de asistir a las reuniones y realizar las lecturas propuestas. Allí donde haya una biblioteca pública o privada, convendría reunir al menos a un grupo de personas de la comunidad, en torno a uno de sus guías culturales, en un taller de lectura. Nos vendría muy bien, por ejemplo, aprovechar los lugares públicos para realizar talleres de lectura en voz alta como rutinas habituales, sin decaer jamás en la iniciativa, hasta convertir el placer de la lectura en un hábito natural de nuestro pueblo.

Las tertulias de amigos suceden de manera espontánea, y obedecen a la necesidad de los unos de leerles a los otros lo que van consiguiendo en su proceso personal de escritura. Existe todo tipo de tertulias y cada una de ellas define sus propios ritmos y propósitos, de modo que no hay normas ni pautas de comportamiento distintas de las que rigen las costumbres naturales de los grupos. Tal vez cabría señalar que, si a la reunión de los amigos se le agrega la novedad de un tema y la disciplina de la regularidad, ésta se enriquece y también sus participantes.

El taller de creación literaria de la Universidad



Coqueteo. Gabriel Vélez Calle.
 Fundición en bronce, 2004

de Antioquia nació en el año de 1980, por una iniciativa de Luz Elena Zabala, quien era directora de Extensión Cultural universitaria, y fue hijo del Taller de Escritores de la Biblioteca Pública Piloto, que asimismo es el padre de los talleres literarios en Colombia, y que en esa época era dirigido por Manuel Mejía Vallejo, acaso el más digno de amor y gratitud entre nosotros. Su director desde la fundación hasta el año 2004, es decir, durante 24 años, fue Mario Escobar Velásquez, quien, a raíz del premio Vivencias de Novela de 1979, del cual fue ganador, abandonó la selva para dedicarse a la literatura en cuerpo y alma. Podemos decir entonces, a modo de corolario, que la vasta obra del maestro Mario Escobar es producto del taller de la Universidad, su taller. Raro es que la Universidad no lo reconozca en la medida justa de sus merecimientos, no sólo por el valor de su obra, sino también por los que, con él, aprendieron de su visión del mundo y de la literatura. ¿Hasta cuándo seremos el pueblito acomplejado que desconoce el valor de lo propio, o que sólo lo atiende desde la mirada extraña?

En el año 2004, Mario dejó el taller para que quien escribe esta nota asumiera su dirección. Como es obvio, el cambio de

director en un taller de creación literaria



Biblioteca Central Universidad de Antioquia, fotografía: Carlos Tobón

significa una muerte. El taller de Mario murió para nacer de nuevo. Hoy conserva la raíz de su fundador, que es como una fuerza de esta tierra, pero es una criatura nueva y, con el paso de los años, va definiendo su propio grupo de aprendices, al tiempo que configura una concepción del trabajo de taller. Estamos asistiendo a la constitución de un grupo y a la concepción de un método, basado en una rutina, definida en armonía con el ritmo de la vida, para cada sesión de trabajo. Tenemos un plan de estudio que va alternando el cuento, la poesía y el ensayo; un plan de lectura que, igualmente, se compone de cuentos, poemas y ensayos magistrales, y un plan de ejercicios que conducen al desarrollo de las habilidades de la composición y estimulan la imaginación creadora. Sólo el tiempo, que conoce los secretos de la selección natural, irá definiendo el grupo, su obra y el magisterio de quienes lo conducen.

*Luis Fernando Macías Zuluaga. Medellín (Antioquia-Colombia), 1957. Escritor, profesor de la Universidad de Antioquia. Ha publicado, entre otras, las obras: *Amada está lavando*, *La flor de lilolá*, *La rana sin dientes*, *Ganzúa*, *Casa de bifloras*, *Diario de lectura I: Manuel Mejía Vallejo*, *Una leve mirada sobre el valle*, *La línea del tiempo*, *Diario de lectura II: el pensamiento estético en las obras de Fernando González*, *Busca raíz*, *Alejandro y María y Eugenia en la sombra*.